
IMAGINAR LA HISTORIA. EL VALOR DE LA IMAGEN

Raymundo Alva Zavala *

El hombre no se acuerda del pasado; siempre lo reconstruye

Lucien Febvre



Imaginar: *Representar en la mente la imagen de algo o de alguien. Suponer algo a partir de ciertos indicios.*

Parto de esta definición que el Diccionario de la lengua española, Edición del Tricentenario, versión en línea, da sobre la palabra imaginar. Lo anterior obedece a la labor a la que nos dedicamos los que abordamos las ciencias histórico-sociales. Generalmente, cuando trabajamos nuestras respectivas parcelas de conocimiento, pensamos que el público al que nos dirigimos le es suficiente con que nuestro texto sea legible, tenga un buen soporte teórico-documental y despierte su curiosidad, por lo menos, para que termine de leerlo antes de botarlo al cesto de la basura.

Por ejemplo, en el caso de los arqueólogos, muestran largas series de diseños de los cacharros producto de su excavación. El pie de las ilustraciones puede decir cosas como: “Cajete ceremonial. Engobe rojo sobre blanco, grecas delineadas en negro. Posclásico temprano”.

Por supuesto que las ilustraciones en el libro aparecen en blanco y negro, por varias circunstancias que no vienen al caso. El lector no especializado puede en ese momento botar el libro y dedicarse a la contemplación del entorno, aprovechar el tiempo para revisar su Facebook, o emplear en otras cosas el tiempo que tenía destinado para la lectura.

Por parte de los antropólogos o etnólogos, es más complicado si su estudio es sobre textiles, por mencionar un tema a priori. Explican cómo la comunidad hace todo el trabajo, quiénes participan en qué y por qué. Por supuesto también dan la descripción del diseño de la pieza o piezas en cuestión, así como las herramientas y demás útiles empleados en su confección. No pueden faltar las calidades de los hilos y colores que se emplearon y de nuevo ¡las ilustraciones son en blanco y negro!

Los historiadores no lo hacemos mejor. Podemos acumular cuartilla tras cuartilla, por supuesto, con un aparato metodológico y crítico intachable y una buena cantidad de citas de la documentación investigada, acompañadas de un nutrido

* Investigador independiente.

número de notas a pie de página y comentarios *ad hoc*. Por supuesto que no faltarán los mapas geográficos, algunas gráficas con sus respectivos porcentajes y numerales, después de que hemos hecho el levantamiento de datos. Ah, y por supuesto, el retrato o fotografías relacionadas con el tema, generalmente algún prócer o noble personajes que tuvo los suficientes oros para dejar plasmada su ilustre imagen antes de que existiera Instagram.

En los últimos años han abundado publicaciones que, al parecer, descubrieron “*el agua tibia*” al incluir gran número de imágenes, poco texto y menos notas a pie de página.

También están ahí algunas revistas especializadas que cuentan con excelentes diseñadores gráficos e ilustradores, papel de buena calidad e impresión a varias tintas. Claro, esas revistas y libros, en más de los casos, no llegan al público en general por sus costos, o por el tipo de lenguaje usado: demasiado técnico y especializado, es decir, artículos para el compañero con quien se cohabita el cubículo o en la Institución.

Como historiador tuve la fortuna de dedicarme a hacer historia de la vida cotidiana de una comunidad de religiosos de la orden de los franciscanos de la más estricta observancia, franciscanos descalzos, de San Diego o dieguinos. Como parte de la encomienda estaba también la recuperación, restauración y exhibición museográfica del lugar donde habitaron.

- ❖ Un baño curativo. El baño de los placeres, Octavio Díaz. Recreación, técnica mixta, 2002.
-





⤴ El pan nuestro de cada día,
Yanet Margarita Cruz Aceves. Recreación,
técnica mixta, 2002.

El trabajo como oración, ⤵
Yanet Margarita Cruz Aceves. Recreación,
técnica mixta, 2002.



Con el proyecto general en la mano se establecieron objetivos, líneas de investigación, temas, estado de la cuestión y tiempos en que se desarrollaría el trabajo, nada extraordinario o del otro mundo cuando se interviene en una investigación de corte histórico. El siguiente paso fue dar vida a los espacios y frailes, es decir, imaginar cómo fue su vida, la forma en que ocupaban los espacios, cómo es que se verían en un día común y corriente.

Una vez listo el guion histórico con los datos duros sobre la comunidad dieguina, se buscaron ilustraciones que apoyaran lo dicho en el texto. En el Almacén de Bienes Culturales, *"durmiendo el sueño de los justos"*, estaban varias obras de José María Medina, pintor en activo a mediados del siglo XIX, y que había plasmado en sus lienzos la vida cotidiana de frailes franciscanos, al parecer de la comunidad del Ex Convento de San Fernando de frailes franciscanos de Propaganda Fide de la Ciudad de México. Asimismo, una copia de un grabado de Jesús Cagide, del siglo XIX, que reproducía la cocina del Ex Convento de San Diego.

Esos materiales fueron de gran ayuda, pero no eran suficientes por la particularidad de los espacios recuperados y que ingresarían a la muestra museográfica del recinto. Había que hacer un esfuerzo mayor. Por ello fue que se les pidió a dos diseñadores gráficos y a un grupo de pintoras que estudiaran el texto para que pudieran imaginar cómo pudo verse el sitio habitado por los dieguinos, para que llevaran a cabo una serie de ilustraciones que le dieran vida a través de sus trazos a los datos investigados. Un restaurador también se sumó al trabajo, por lo que el equipo, así formado, quedó variado y completo.

Las imágenes elaboradas fueron de gran importancia y auxilio pues con ellas se pudo hacer un juego lúdico entre los datos que crónicas y trabajos académicos aportaban, con la materialización de los usos, costumbres y vida de los habitantes del convento. Los espacios revivieron y fue posible ver a los dieguinos moviéndose en su hogar.

La curación por medio de un baño. 
El baño de los placeres,
Octavio Díaz. Recreación, técnica mixta, 2002.



En un mundo que cada vez más concentra su atención sobre las imágenes, es necesario que los historiadores vayamos a ellas, juguemos con sus contenidos, comprendamos los contextos que nos muestran, para luego, volcarlos en la narración de la historia que intentamos contar, que imaginemos al ser humano moviéndose en un espacio y tiempo determinados.

En ocasiones, la fotografía puede ser un buen auxiliar. Sin embargo, para épocas que van más allá de mediados del siglo XIX, se vuelve complejo el trabajo. Quedan por ahí dispersas una serie de litografías y grabados, como las de Medina y Cagide que mencionaba antes, estampas que, cabe decirlo, los estudiosos de historia del arte han trabajado desde la técnica y los autores, los colores y diseño, y nada más. Magra cosecha cuando queremos usarlas para narrar la vida cotidiana de un lugar o un grupo social determinado; cierto, nos pueden servir para que a partir de ellas se puedan generar otras sobre los puntos de nuestro interés.

Podemos pensar en todas esas imágenes que la web nos ofrece con sólo teclear en nuestras computadoras, hoy es posible consultar extensos bancos de imágenes, pero el problema sigue siendo cómo hacer que a partir de ellas contextualicemos lo que estamos narrando. Es ahí donde ilustradores y artistas pueden interpretar lo que nosotros producimos como textos narrativos. Esas ilustraciones pueden hacer que nuestra labor de divulgación de la historia pueda ser mejor entendida por un público que está ávido de colores, formas, imágenes, incluso llegar a pensar en animaciones, justamente a partir de esos materiales creados en equipo.

Y lo mismo aplica en el caso de las otras ciencias histórico-sociales. No es suficiente con dar las características en la manufactura de los bienes culturales. Esa parte se tiene que hacer para tejer ciencia y compartirla con nuestros otros colegas especialistas. Para la gente común, creo, sería más significativo observar el contexto completo, es decir, el uso de la pieza, para qué fue creado el instrumento o herramienta, cómo era que se usaba. En fin, todas esas preguntas que un lector promedio se hace al leer una investigación sobre nuestro pasado.

Concluyo con lo que en 1991 señalaba Salvador Rueda relacionado con la difusión de la historia:

Difundir una historia que se use, que sirva para la vida cotidiana, que se aplique de manera natural y rápida a actividades tan disímiles como las de tomar decisiones, entender las noticias, pensar sobre los sucesos del mundo, defender el patrimonio cultural y la naturaleza, comprender el trasfondo de los discursos políticos o simplemente por el placer de leer, ver y creer ver con paciencia, un libro de historia.²

² Salvador Rueda Smithers, *Los usos de la historia*, en *Antropología* No. 34, abril-junio, 1991. Boletín Oficial del INAH. Nueva Época. pág. 33.